

mas de aptitud, estudios sobre la espontaneidad, etc.—que comienza a imponerse en todos los países con no menor urgencia que la construcción de caminos o la intensa propaganda a favor del incremento de la producción.

No es una posibilidad lejana y gratuita esperar a corto plazo la completa renovación de la escuela. El fenómeno se producirá, evidentemente, en forma evolutiva y con el tiempo necesario para una adaptación sólida y natural. Pero se producirá de raíz, porque la nueva fundamentación de la enseñanza sobre principios psicológicos experimentalmente obtenidos, afecta a los cimientos mismos de nuestras actuales instituciones escolares.

Nuestro país es muy joven y, seguramente, no ofrecerá la resistencia de tradiciones cristalizadas en conservantismos indestructibles y fieramente apegados a la rutina. El ambiente, por lo demás, se halla predispuesto a favor de las corrientes renovadoras y lo único que hace falta es la estimulación reiterada del esfuerzo individual para integrarlo en el grupo de los educadores y darle, en seguida, la realidad plena que con tanta justicia reclaman la escuela y el país.—ARTURO P I G A.

## La sombra de Sandino

**N**UESTRA América devora a los que la sirven y sirve a los que la devoran. *Sirve a los que la devoran*, porque lejos de buscar derroteros que condigan con sus necesidades en la vida nacional, ya sea desde el punto de vista económico, ya desde el punto de vista ideológico, se ha dedicado hasta ahora a corear cuanto interesadamente le sugieren desde afuera, sirviendo en la guerra y en la paz los intereses de otros y colaborando con deudas, desórdenes y orientaciones erróneas en la obra de su propia sujeción al extranjero.

*Devora a los que la sirven*, porque no se puede citar el caso de ningún latino-americano que habiendo hecho algo fundamentalmente útil para su tierra y para su raza, no haya sido sacrificado, disminuido o eliminado, como si el fin supremo fuera acallar las voces disidentes para restablecer la cómoda unanimidad de la incuria, la politiquería y la abdicación.

Si se necesita una prueba, basta citar el caso de Sandino.

El escepticismo y el desgano con que el más ínfimo de nuestros tiranuelos se cree hoy autorizado a hablar del gran caudillo de la resistencia, confirma el abandono de los intereses durables en aras del individualismo, la novelería y la efímera ambición. Pasado el resplandor del relámpago, ya no necesitan los políticos contemporizar con la opinión; y cada cual corre ciegamente en pos de sus rencores o de su medro personal. Del destino colectivo, de la continuidad del grupo, de la preservación del porvenir, sólo se siguen ocupando los «poetas». Los «hombres de estado» carecen de tiempo para considerar detalles accesorios. Demasiadas preocupaciones tienen con los empréstitos, las concesiones a las compañías yanquis y las estatuas que se erigen a sí mismos.

Rara vez se habrá visto en la historia un caso en que una colectividad corra a su pérdida con tan sonriente precipitación. Ni de suicidio se puede hablar, porque el suicidio supone la voluntad de suprimirse, y en este caso no hay ni voluntad. Los que orientan la barca y sacan provecho de la situación se limitan a distraer la atención del público y a multiplicar los anestésicos. Mientras las muchedumbres se apasionan por un crimen romántico, por una querrela de frontera o por una proeza de aviadores, ellos se reparten el poder; y sigue el proceso de descomposición que debe llevarnos al sometimiento final.

Cuando Sandino me mandó desde las selvas segovianas el 1.º de Abril de 1928 un mensaje en el cual, al lado de la firma recia del luchador, se estampaba el sello significativo (un patriota fustigando al intruso), yo contesté con un llamamiento a la conciencia de nuestras repúblicas, que firmaron conmigo las asociaciones estudiantiles latino-americanas de Madrid, París, y Berlín y hasta los mismos estudiantes españoles, identificados en un ímpetu de solidaridad. Mi esfuerzo y el de todos se ahogó entre los silencios preparados por los dirigentes. En un momento en que parecían conmoverse todas las fibras sanas, se temió la resurrección de Lázaro. Una voz del pasado gritaba a nuestra América: «levántate y anda». Los políticos se coaligaron para impedirlo. Y nuestra América no se levantó.

Por eso podemos hacer hoy una comprobación amarga. Para inmolarse en la estéril guerra europea, que nada tenía que ver con nosotros, salieron de nuestros puertos millares de hombres que murieron sin razón bajo banderas extrañas. Para defender una causa propia y fundamental sólo hubo gestos aislados que la presión oportunista reprimió, confirmando la te-

sis de que no hemos salido del colonialismo y de que sólo nos conmovemos por los intereses de afuera.

Sandino tuvo que luchar no sólo contra el enemigo formidable sino contra el aislamiento y el silencio, contra la asfixia que se prepara alrededor de todo el que disiente, con ayuda de la noticia inexacta, la calumnia artera, el chiste envilecedor. Hasta que llegó la noticia triste, y esperada. Sandino desembarcó en La Unión en meses pasados procedente de Honduras.

Aunque se hizo todo lo posible para que su presencia pasase inadvertida —dice un diario centroamericano—, unos muchachos que presenciaban el desembarco regaron la nueva sensacional, y al poco rato frente al hotel Italia había una entusiasta multitud. Como esa multitud fuese en aumento, Sandino y sus acompañantes fueron reconcentrados a la Comandancia del Puerto y dos horas después, en tren expreso, despachados a San Salvador, de donde debían salir, quemando etapas, para México, único país donde pueden encontrar asilo.

El epílogo de la epopeya subraya la eterna antítesis. A pesar de las intrigas y las informaciones tendenciosas, los pueblos tienen la intuición de la verdad y siguen dispuestos a los entusiasmos sanos y reparadores. No así los dirigentes que, con excepciones raras, sólo atienden a practicar la diplomacia del pánico. Estoy lejos de predicar insensateces. Bien sabemos todos que el deber de los gobiernos era abstenerse como organismos oficiales. Pero, ¿por qué desplegaron los Presidentes de Guatemala, El Salvador y Honduras una actividad tan frenética para ahogar las aclamaciones de una juventud en el alma de la cual no se ha de cultivar el egoísmo sórdido, sino los entusiasmos por la Patria y el Ideal?

Más que por la acción de las fuerzas enemigas, Sandino fué vencido por la inacción, inconsciente o aviesa, de los núcleos directores de la América Latina. Pero el pueblo sabe que en la inevitable renovación de nuestras repúblicas, hay una América que se va y una América que viene. No importa, después de todo, que hoy pase el generoso paladín entre dos hileras de soldados. Su sombra se proyecta sobre los corazones jóvenes. Los hombres pueden desaparecer, pero el ideal queda. Y por encima de todos nosotros está la necesidad de vivir de un Continente, que ha de ser, al fin, interpretada por las generaciones nuevas.—M A N U E L U G A R T E.

Exclusivo para *Atenea* en Chile.